

Él le decía "gracias" y a ella se le revolvía el estómago.

Gracias... "Por hacer lo que no quiero para que él esté feliz".

Gracias... "Por no hacer lo que quiero solo para que no se altere".

Gracias... "Por aguantar y no abandonarle".

Gracias... "Por no pedir nada, por no reprocharle nada".

Gracias... "Por esforzarme tanto para que su frágil autoestima no se vea dañada".

Ella sentía el vómito en la boca.

Dentro de aquel laberinto no era fácil chillar, correr, huir...

Pero encontró un trampolín.

Saltó y sus brazos, con una fuerza inusitada, consiguieron batir sus jaulas y volar.